



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

## LIBRO IV

1                                    En el libro anterior tratamos  
 las causas de la segunda guerra  
*Recapitulación*                que estalló entre romanos y car-  
 2                                    tagineses, y expusimos la inva-  
 sión de Italia por Aníbal. Ade-  
 más describimos las luchas habidas entre ambos ban-  
 dos hasta la batalla librada junto al río Aufidio y la  
 3 ciudad de Cannas. Ahora vamos a explicar la historia  
 de Grecia en esta misma época, simultánea a los hechos  
 precedentes, a partir de la Olimpiada ciento cuarenta.  
 4 Pero primero recordaremos brevemente al lector el  
 prefacio de nuestra obra, tal cual lo expuse en el se-  
 gundo libro, a propósito de los hechos de Grecia<sup>1</sup> y  
 principalmente de la Confederación aquea, a causa del  
 auge inesperado que este estado ha tomado en épocas  
 5 anteriores y en esta misma. En efecto, tras empezar  
 por Tisámenes, uno de los hijos de Orestes, y afirmar  
 que desde él su linaje detentó el reino hasta Ogigo<sup>2</sup>,  
 y que posteriormente los aqueos tomaron la excelente  
 decisión de servirse de una constitución democrática,  
 hasta que fueron desmembrados por los reyes de Ma-  
 6 cedonia en pueblos y ciudades, luego nos dedicamos

<sup>1</sup> La referencia es a II 37-70.

<sup>2</sup> Cf. II 41, 4. Pero aquí sale un personaje fabuloso, Ogigo, que allí no sale, y que ningún mitógrafo griego cita.

a contar cómo y cuándo se inició su restablecimiento  
 y quiénes fueron los primeros que se coaligaron con  
 ellos. Siguiendo estos sucesos, aclaramos de qué modo 7  
 y con qué política los aqueos se atrajeron a las ciuda-  
 des e intentaron que todos los peloponesios actuaran  
 bajo un mismo nombre y constitución. Tras unas con- 8  
 sideraciones generales acerca de este intento, trazamos  
 una exposición detallada y continua de los hechos que  
 condujeron a la caída de Cleómenes, rey lacedemonio.  
 Y a continuación del resumen de los hechos contenidos 9  
 en nuestra *Introducción*, hasta las muertes de Antí-  
 gono, de Seleuco y de Ptolomeo<sup>3</sup> (que murieron casi si-  
 multáneamente), anunciamos que comenzaríamos nues-  
 tra propia historia por los hechos que siguieron al  
 período citado.

Creemos, en efecto, que éste es un punto de partida 2  
 excelente, en primer lugar porque el libro de Arato  
 acaba, concretamente, en estos sucesos con los que  
 decidimos enlazar nuestra exposición prosiguiendo el  
 relato de los asuntos de Grecia; en segundo lugar, 2  
 porque esta época coincide con la inmediatamente pos-  
 terior y con los sucesos que caen dentro de nuestra  
 historia, de tal suerte que algunos hechos los hemos  
 vivido nosotros mismos y otros nuestros padres, unos  
 personalmente y otros los hemos oído de testigos  
 oculares. No nos pareció que ofreciera certeza ni en 3  
 en los juicios ni en las afirmaciones el ir remontando  
 épocas para escribir de oídas lo que ya se sabía de  
 oídas. Comenzamos en esta época, principalmente, 4  
 porque en ella se puede decir que la Fortuna ha reno-  
 vado el universo.

En efecto: Filipo<sup>4</sup>, hijo legítimo de Demetrio, reci- 5  
 bió el gobierno de Macedonia cuando casi era todavía

<sup>3</sup> Cf. la nota 149 del libro I.

<sup>4</sup> Filipo V de Macedonia. Cf. la nota 5 del libro III.

6 un niño. Aqueo, rey de las regiones de acá del Tauro, tenía no sólo la prestancia de un soberano, sino el poder  
7 efectivo. Antíoco, llamado el Grande, recibió el imperio de Siria un poco antes, a la muerte de su hermano Seleuco; era todavía muy joven.

8 En esta época Ariarates<sup>5</sup> obtuvo el imperio de Capadocia, y por el mismo tiempo Ptolomeo Filopátor  
9 se hizo señor de Egipto. Al cabo de poco Licurgo fue nombrado rey de los lacedemonios, y algo antes los cartagineses habían nombrado a Aníbal general para  
10 las guerras que hemos considerado. Tal renovación en todas las dinastías debía ser el inicio de unos hechos inauditos. Esto es lo que ya ha ocurrido y suele ocurrir,  
de acuerdo con la naturaleza. Y es lo que entonces  
11 sucedió. Romanos y cartagineses se enzarzaron en la guerra ya expuesta, en la misma época Antíoco y Ptolomeo se pelearon por la Celesiria; los aqueos y Filipo hicieron la guerra contra los etolios y los lacedemonios<sup>6</sup>, cuyas causas fueron las siguientes:

3 Hacía ya tiempo que los etolios soportaban con disgusto la paz y el subsistir con sus propios recursos, acostumbrados como  
estaban a vivir a costa de los vecinos, y además necesitaban de muchas provisiones, debido a su fanfarronería innata. Ésta les ha esclavizado, y llevan siempre una vida avara y brutal, sin respetar la propiedad privada; todo lo consideran botín  
2 de guerra. Sin embargo, en el tiempo anterior, mientras Antíoco vivió, permanecieron inactivos porque  
3 temían a los macedonios. Pero cuando murió y dejó

*Orígenes de la guerra de los aliados*

<sup>5</sup> Ariarates V de Capadocia, que reinó en 220-163 (téngase en cuenta que accedió al trono siendo niño, DIODORO, XXXI 19, 6).

<sup>6</sup> La narración de esta guerra es el contenido básico de este libro IV.

a su hijo Filipo, niño aún, a éste le menospreciaron, y buscaban excusas y pretextos para entrometarse en el Peloponeso, llevados por su vieja costumbre de saquearlo; creían, al propio tiempo, que se bastaban a sí mismos para una guerra contra los aqueos. Éste  
4 era su propósito, y aprovecharon una nimiedad que se les ofreció fortuitamente para justificar sus intenciones.

Dorímaco de Triconio era hijo de aquel Nicóstrato  
5 que había roto la tregua durante la fiesta solemne de los beocios<sup>7</sup>. Era joven, pero imbuido de la violencia y rapacidad etolia. Fue enviado en misión oficial a la ciudad de Figalea<sup>8</sup>, en el Peloponeso, ya en el límite  
6 de los montes de Mesenia. Figalea formaba parte de la Confederación etolia. Dorímaco iba oficialmente a  
7 proteger la ciudad y el país circundante, pero las instrucciones que en realidad tenía eran las de observar lo que ocurría en el Peloponeso. Unos bandoleros se  
8 pusieron de acuerdo con él y se le presentaron en Figalea. En justicia, éste no podía concederles ningún botín, porque estaba todavía en plena vigencia la paz general entre los griegos establecida por Antígono<sup>9</sup>; apurado Dorímaco, al final les concedió saquear los re-  
9 baños de los mesenios, a pesar de que se trataba de amigos y aliados. Los bandidos, primero se limitaban  
10 a expoliar los rebaños de la frontera, pero después su insolencia fue en aumento y se dedicaron a asaltar

<sup>7</sup> Aunque aquí lo cite, Polibio se ocupará de ello más tarde, IX 34, 11.

<sup>8</sup> Ciudad al O. del Peloponeso, al N. de la Mesenia. Su nombre actual es Paulitsa.

<sup>9</sup> Aquí la expresión de Polibio no es exacta; no es que Antígono Dosón estableciera de hecho una paz, sino que, después de la guerra cleoménica, Grecia quedó efectivamente sin guerras.

las alquerías, para lo cual aparecían inopinadamente por la noche.

- 11 Todo esto indignaba a los mesenios, que enviaban legados a Dorímaco. Éste, al principio, no les hacía caso, porque quería beneficiar a sus subordinados y extraer provecho él personalmente, ya que participaba
- 12 de las presas. Pero la presencia de los legados se hacía cada vez más insistente, ya que las rapiñas menudeaban. Ante ello, Dorímaco afirmó que acudiría personalmente a Mesenia a justificarse delante de los acusa-
- 13 dores de los etolios. Pero cuando llegó, al presentársele los perjudicados, ridiculizó a unos, tomó el pelo a otros e insultó e intimidó a los restantes.
- 4 Se encontraba todavía en la ciudad de Mesenia cuando los bandidos se acercaron de noche, echaron unas escaleras y asaltaron la alquería llamada de Quirón. Degollaron a los que ofrecieron resistencia, ataron al resto de los esclavos y se llevaron consigo el ganado.
- 2 Los éforos de los mesenios, dolidos ya desde hacía tiempo tanto de lo que ocurría como de la permanencia de Dorímaco en su ciudad, creyeron que entonces la insolencia ya era intolerable, y le llamaron a la
- 3 reunión de la Magistratura. Allí Esciro, un éforo<sup>10</sup> de los mesenios que durante toda su vida había gozado de gran prestigio entre sus conciudadanos, aconsejó no permitir que Dorímaco saliera de la ciudad si no restituía a los mesenios todo lo que habían perdido; en cuanto a los asesinados, debía obligársele a la entrega de los asesinos para que recibieran su castigo.
- 4 Todos aprobaron las oportunas palabras de Esciro;

<sup>10</sup> Éforo era un título bastante común de los magistrados del Peloponeso, aunque los más famosos eran los de Esparta. Etimológicamente el término significa «guardián»; el conjunto de los éforos gobernaba, en todos los aspectos, las ciudades del Peloponeso. Su institución se atribuye míficamente a Licurgo, legislador espartano.

Dorímaco, enfurecido, les dijo que eran unos simples de remate si creían que con ello afrentaban sólo a Dorímaco y no a la Confederación etolia. Consideraba que lo que allí pasaba era absolutamente terrible, y dijo a los mesenios que estaban urdiendo su propia ruina, y que la sufrirían con justicia. En aquella época 5 había en Mesenia un tipo de baja estofa llamado Babirtas, que procuraba por todos los medios mostrarse afeminado. Si le hubieran puesto la túnica y el sombrero de Dorímaco hubiera sido imposible distinguirlo de él, pues tenía su misma voz, y se le parecía tam- 6 bién en el resto del cuerpo; Dorímaco lo sabía. Cuando 7 hablaba, pues, de manera soberbia y arrogante a los mesenios, Esciro, enfurecido, le soltó: «¿Crees que vamos a hacer caso de ti y de tus amenazas, Babirtas?» Ante tales palabras y tal actitud, Dorímaco cedió al 8 punto, y consintió en dar satisfacción a los mesenios por todas las injurias sufridas. Pero aquel dicho lo 9 soportó con tanta acritud y pesadumbre que, de regreso a Etolia, atizó sólo por eso la guerra contra los mesenios.

Entonces el general de los etolios era Aristón<sup>11</sup>. 5 Pero éste no era muy apto para las empresas guerreras por ciertas debilidades corporales, y además era pariente de Dorímaco y de Escopas, a quien, en cierto modo, había cedido todo el mando militar. En público 2 Dorímaco no se atrevía a incitar a los etolios a una guerra contra los mesenios, porque no disponía de motivos suficientes; todos sabían que su pretensión nacía de aquel insulto y de sus propios delitos. Aban- 3 donó, pues, esta táctica, pero privadamente azuzaba a Escopas para que compartiera sus puntos de vista

<sup>11</sup> La Confederación Etolia elegía anualmente a su general en Termo, en la asamblea ordinaria de los etolios. La elección de Aristón fue para el año 221/220.

contra Mesenia. Le indicaba que los macedonios no eran peligrosos por la edad de su monarca (Filipo contaba a la sazón no más de diecisiete años), aducía también la hostilidad de los lacedemonios contra los mesenios, y le recordaba cómo los eleos les eran aliados propicios; con esto le demostraba que la invasión de Mesenia sería para ellos segura. Y lo decisivo en un argumento etolio: le ponía a la vista el provecho a extraer del territorio de los mesenios, que estaba indefenso y era el único del Peloponeso que había quedado intacto durante la guerra de Cleómenes. A todo esto añadía la popularidad de que gozaría entre la masa de los etolios. De los aqueos sostenía que si les impedían el paso no podrían acusar a los etolios de que éstos se defendieran; si, en cambio, permanecían inactivos, no les estorbarían la invasión. Y aseguraba que no les faltarían pretextos contra los mesenios, porque éstos desde hacía tiempo se comportaban injustamente, diciendo a macedonios y a aqueos que iban a aliarse con ellos. Con tales palabras y otras por el estilo Dorímaco estimuló tanto a Escopas y a sus amigos, que éstos sin tan siquiera esperar a la asamblea general de la Confederación etolia, sin consultar a los apócletos<sup>12</sup> ni hacer ninguna de las cosas requeridas para tales planes, movidos por sus propios impulsos y juicios, declararon la guerra simultáneamente a mesenios, epirotas, aqueos, acarnanios y macedonios.

Enviaron inmediatamente piratas por mar, los cuales se encontraron casualmente, cerca de Citera, con una nave real macedonia; la condujeron con su tripulación a Etolia, donde vendieron el navío con sus

*Inicio de las hostilidades*

<sup>12</sup> Los apócletos venían a constituir una mesa permanente de la Asamblea de la Confederación Etolia.

oficiales y sus marineros. Devastaron la costa del Epiro, y para tal fechoría usaron naves cefalénicas<sup>13</sup>; además intentaron apoderarse de Tirión<sup>14</sup>, en la Acarnania. También enviaron ocultamente, por el Peloponeso, algunos hombres, que consiguieron tomar el fuerte llamado de Clarion<sup>15</sup>, en el centro del territorio de Megalópolis. Usaron este fuerte como mercado de venta de despojos; concentraban en él el producto de sus robos. Sin embargo, lo asedió y lo tomó en pocos días Tixómeno, general de los aqueos, ayudado por Taurión, a quien Antígono había encargado velar por los intereses reales del Peloponeso. Pues por la guerra de Cleómenes el rey Antígono retenía Corinto con el consentimiento de los aqueos<sup>16</sup>; luego que se apoderó de Orcómeno por la fuerza, no devolvió esta plaza a los aqueos, sino que la usurpó y se la quedó con la intención —al menos a mí me lo parece— de dominar la entrada del Peloponeso y además proteger sus territorios interiores mediante la guarnición y el arsenal situados en Orcómeno. Dorímaco y Escopas aguardaban el momento en que a Timóxeno le quedara ya poco tiempo de mando, y Arato, nombrado por los aqueos general para el año siguiente, no ejerciera todavía su autoridad militar. Concentraron todas las tropas etolias en Rion<sup>17</sup> y prepararon las naves de trans-

<sup>13</sup> Cefalénica es una isla del mar Jonio.

<sup>14</sup> Población situada en el fondo del golfo de Ambracia; actualmente se llama Hagios Vasílios.

<sup>15</sup> Su localización no se ha logrado.

<sup>16</sup> Cf. II 54, 1 y 20, para Orcómeno.

<sup>17</sup> El texto griego dice claramente Rion, y así vierten los distintos traductores de Polibio. Walbank no comenta este lugar. Sin embargo, una ojeada al mapa de la Grecia clásica quizás hiciera dudar. El cabo Rion está en la Acaya, casi en su punto más septentrional, pero frente a él, en el Epiro, está el cabo Antirrión. ¿No será aquí donde se concentraron los etolios? ¿A qué, si no, preparar las naves de transporte? Si en realidad

porte, dispusieron las de los cefalenios, hicieron pasar sus hombres al Peloponeso e iniciaron la marcha contra Mesenia. A su paso por los territorios de los de Patras, de Fares y de Tritea<sup>18</sup> declaraban su intención de no dañar en nada a los aqueos, pero aquella horda no fue capaz de respetar el país, porque los etolios ante la ganancia no tienen freno; y así, causando daño y devastación lo atravesaron hasta que llegaron a Figalea. Desde ella lanzaron un ataque imprevisto y audaz, e invadieron el país de los mesenios, sin tener en cuenta ni la amistad ni la alianza que desde tiempos inmemoriales les unía a ellos, ni cualquier otra cosa; mucho menos atendieron lo que la justicia define entre los hombres. Colocando su propia rapacidad por encima de todo talaron los campos impunemente, porque los mesenios no se atrevieron a salirles al encuentro.

7 Cuando correspondió según la ley<sup>19</sup>, los aqueos acudieron a Egio<sup>20</sup> y se reunieron en asamblea. Los de Patras y los de Fares refirieron los delitos cometidos contra su territorio durante el paso de los etolios. Los mesenios se hicieron presentes mediante una embajada, y pidieron ayuda, víctimas de una injusticia y de una violación de tratados. Los aqueos atendieron a estas quejas y se asociaron a la indignación de los de Patras y de Fares; también se compadecieron de los mesenios. Con todo, creyeron que lo peor era que los etolios, sin haberles dado nadie permiso, ni tan siquiera haberlo solicitado, se hubieran atrevido, en

se concentraron en Rion, éstas ya habrían servido, y su mención sería superflua.

<sup>18</sup> Patras está donde la ciudad actual del mismo nombre; Fares está en el curso medio del río Pierus (actualmente Kamenitsa); Tritea no sabemos dónde estaba, pero de todos modos debía de asentarse aguas arriba del río.

<sup>19</sup> En mayo del año 220.

<sup>20</sup> Población en la costa del golfo de Corinto.

contra de lo pactado<sup>21</sup>, a pisar con un ejército la Acaya. Todo ello les enfureció, y así votaron una ayuda a los mesenios, que el general concentrara el ejército aqueo y que los decretos que allí promulgaran los assembleístas tuvieran fuerza de ley en los respectivos territorios.

Timóxeno, que era todavía el general, ya que aún no había cesado su período de mando, desconfiaba de los aqueos, porque por aquel entonces habían descuidado su entrenamiento militar, por lo que aplazaba la marcha e incluso cualquier concentración de hombres. En efecto: después de la caída de Cleómenes, rey de Esparta, todos los peloponesios, cansados de las guerras pasadas y confiando en la duración de aquel estado de cosas, desatendieron su formación militar. Pero Arato, indignado y enfurecido por la desvergüenza de los etolios, se tomó la cosa con más coraje, tanto más cuanto desde tiempos pasados tenía con los etolios ciertas diferencias. Se apresuró, pues, a concentrar a los aqueos bajo las armas, y tenía gran interés en luchar contra los etolios. Al final, cinco días antes de iniciarse el período de mando que le correspondía, recibió de Timóxeno el sello del estado. Escribió a las ciudades y concentró en Megalópolis a los hombres en edad militar.

Debido a la peculiaridad de su carácter, me parece indicado hacer un breve inciso acerca de la personalidad de Arato.

Arato tenía las cualidades que debe tener un hombre de estado:

*Retrato de Arato* era orador hábil, poseía claridad de ideas y sabía ocultar sus decisiones. No había quien le igualara en moderación cuando dirimía diferencias políticas,

<sup>21</sup> Cf. II 44, 1. Es el tratado del año 239.

3 sabía ganarse amigos y adquirir aliados. Era también muy diestro en organizar golpes de mano, estratagemas y emboscadas contra los enemigos, y en llevarlas a cabo con paciencia y audacia. Testimonios de esto claros, es más clarísimos, los dan los autores de historias particulares: las tomas de Sición y de Mantinea<sup>22</sup>, la expulsión de los etolios de Pelene; la más preclara de sus gestas la constituye la acción del Acrocorinto. Pero este mismo hombre, cuando debía combatir a campo abierto, era lento en sus concepciones, poco audaz en sus operaciones e incapaz de afrontar un riesgo cara a cara. Por eso, Arato llenó el Peloponeso de trofeos que le concernían, y en él fue siempre presa fácil para los enemigos. Las naturalezas de los hombres no sólo en los cuerpos presentan variedad de formas, sino también, y aún más, en los espíritus; un mismo hombre no sólo en actividades de tipo diferente está bien dotado para unas y no para otras, sino que incluso si se trata de empresas similares es a la vez muy entendido, pero muy lento y muy audaz, pero muy negligente. Y esto no es paradójico, sino habitual y conocido para los aficionados a la observación. En las cacerías algunos son audaces en la lucha contra las fieras, y éstos mismos son cobardes si se trata de empuñar las armas contra el enemigo, y, en la guerra misma, hay quien es experto y eficaz en encuentros cuerpo a cuerpo, pero inútil en la acción general, aliado junto a otros. La caballería tesalia, por ejemplo, si lucha formada en escuadrones y falanges, es invencible, pero si la ocasión y el lugar la fuerzan a combatir aisladamente, hombre contra hombre, es lenta y poco útil. Con los etolios ocurre exactamente lo con-

trario. Los cretenses si se trata de emboscadas, de pillaje y de robar al enemigo, de ataques nocturnos y de cualquier acción que sea con engaño, realizada por una cuadrilla, son invencibles; en cambio, para un ataque frontal en formación son cobardes y de espíritu mezquino. Aqueos y macedonios son todo lo contrario. He expuesto esto para que los lectores no desconfíen de mis afirmaciones si en algún lugar parecen encontradas, acerca de algún personaje, si se trata de hechos del mismo género.

*Prosigue la  
narración*

Concentrados, pues, los hombres en edad militar, con su armamento en Megalópolis, según el decreto de los aqueos (pues de ahí partió nuestra digresión), los mesenios se dirigieron otra vez al pueblo suplicando que se les tuviera en cuenta, ya que de manera tan clara habían visto violados sus pactos: querían entrar en la alianza general, y urgían que se les inscribiera, junto con los demás. Pero los jefes aqueos rehusaron la alianza: alegaban que no era lícito añadir a nadie sin el consentimiento de Filipo y de los demás aliados. En efecto, la Liga establecida por Antígono en la época de Cleómenes obligaba todavía a todos: aqueos, epirotas, focenses, macedonios, beocios, acarnanios y tesalios. Sin embargo, dijeron que saldrían en su ayuda, con la única condición de que los allí presentes depositaran a sus propios hijos en Lacedemonia como fianza de que los mesenios no harían la paz con los etolios sin el consentimiento de los aqueos. Los lacedemonios habían salido en campaña según el pacto de los coaligados; estaban en los montes de Mesenia, pero en realidad más como observadores y reserva que en calidad de combatientes. Arato resolvió de este modo el problema de los mesenios, y envió legados a los etolios que les explicaran lo acordado y que les invi-

<sup>22</sup> Para Sición, cf. II 43, 3 (año 251); para Mantinea, II 57, 2 (año 227); la gesta del Acrocorinto, II 43, 4 (año 243); la de Pelene Polibio no la explica, sólo la menciona aquí.

taran a retirarse del territorio de los mesenios y a no tocar la Acaya; de lo contrario trataría a los transgresores como enemigos. Escopas y Dorímaco oyeron estas advertencias; sabedores de que los aqueos se habían concentrado, creyeron que entonces les convenía hacer caso de aquellas demandas. Enviaron, pues, al punto correos a Cilene<sup>23</sup> para Aristón, jefe supremo de los etolios: pedían que les mandara a toda prisa 10 naves de carga desde Elea a la isla de Feas<sup>24</sup>. Y al cabo de dos días ellos mismos levantaron el campo, mandaron el botín y avanzaron en dirección a Elea. Los etolios siempre habían conservado la amistad con los eleos, ya que a través de su territorio podían penetrar en el Peloponeso para sus pillajes y sus rapiñas.

10 Arato esperó dos días, y creyendo ingenuamente que los etolios culminarían la marcha en la dirección en que la habían iniciado, despachó a sus casas a todos 2 los aqueos restantes y a todos los lacedemonios; se quedó con tres mil hombres, trescientos jinetes y con los soldados de Taurión. Con tales efectivos avanzó hacia Patras, con el propósito de situarse en el flanco 3 etolio. Al enterarse los de Dorímaco de que las tropas de Arato marchaban contra ellos y tomaban posiciones, se angustiaron por si les atacaban mientras estuvieran ocupados en el embarque, pero como deseaban encen- 4 der la guerra, enviaron el botín en las naves, tras disponer para su custodia un número suficiente de hombres adecuados, y ordenaron a los jefes de la expedición que fueran a encontrarles a Rion, ya que ellos 5 embarcarían allí. Primero ellos mismos vigilaron el envío del botín y lo escoltaron, pero después cambiaron de dirección como hacia Olimpia. Al oír que Taur-

<sup>23</sup> Lugar no identificado; seguramente en la costa de la Elide.

<sup>24</sup> Feas, en realidad, no es una isla, sino el puerto de Olimpia, en el cabo Ictis, en la Acaya, fronterero a la isla de Zacintos.

rión con las tropas mencionadas estaba en Clitoria<sup>25</sup>, juzgaron que no podrían salir de Rion sin peligro y sin combatir, y decidieron que les convenía, en interés 7 propio, atacar cuanto antes a las tropas de Arato, porque todavía eran pocos y no preveían el futuro. Supo- 8 nían que si lograban poner en fuga a los aqueos podrían emprender la travesía con seguridad desde Rion, donde, por lo demás, Arato proponía concentrar de nuevo la Liga de los aqueos. Y si Arato, intimidado, 9 rehuía el combate y no aceptaba la batalla, los etolios se retirarían sin peligro en el momento que juzgaran conveniente. Con estos razonamientos avanzaron y 10 acamparon cerca de Metridio<sup>26</sup>, en el país de Megalópolis.

#### *Batalla de Cafias*

Los jefes aqueos conocieron la 11 presencia de los etolios, y disputaron las cosas tan rematadamente mal que no omitieron necesidad por exagerada que fuera.

En efecto: regresaron del territorio de Clitoria y 2 acamparon cerca de Cafias<sup>27</sup>. Cuando los etolios hacían 3 la marcha desde Metidrio, a través del territorio de Orcómeno, los jefes aqueos sacaron a sus fuerzas y las formaron en la llanura de Cafias; tomaron como 4 defensa el río que fluye a través de ella. Los etolios, tanto por las dificultades de terreno que presentaba la ruta (pues incluso antes del río había fosos, infranqueables en su mayoría) como por la demostración de 5 presteza para la lucha evidenciada por los aqueos, según sus planes iniciales rehusaron enfrentarse al ene-

<sup>25</sup> Población situada en el límite de la Arcadia y la Acaya.

<sup>26</sup> Ciudad antigua radicada a poco menos de cinco kilómetros de la población actual de Vitina, en el centro de la Arcadia.

<sup>27</sup> Cafias está situada en el extremo NO. de la llanura de Orcómeno, cerca de la ciudad moderna de Cotussa. Los etolios dejaron la villa a su derecha.

- 5 migo, e hicieron una marcha muy ordenada en dirección a lugares elevados, a Oligirto<sup>28</sup>, dándose por satisfechos si nadie les atacaba y les obligaba a pelear.
- 6 Cuando la marcha de los etolios hacia las alturas había progresado bastante y la caballería cerraba la marcha, pero estaba aún en la llanura, cerca ya de la altura llamada Propo<sup>29</sup>, Arato y sus oficiales mandan allí a su propia caballería y a su infantería ligera, al frente de cuyas tropas pusieron a Epístrato de Acarnania. Dieron orden de establecer contacto con la retaguardia etolia
- 7 y tantear al adversario. Pero en realidad, si se debía combatir, convenía entablar combate no con la retaguardia, cuando el enemigo había ya atravesado la llanura, sino con la vanguardia, en el preciso momento
- 8 en que entraba en ella. Así la batalla se habría librado íntegramente en una planicie, en lugar sin accidentes geográficos, en los que los etolios se manejaban muy mal tanto por su armamento como por toda su formación; en terreno llano, por el contrario, los aqueos eran muy poderosos, por razones naturalmente opuestas a las aducidas. Y ahora abandonaban los lugares
- 9 y las circunstancias que les eran propicios y bajaron allí donde el enemigo tenía ventaja. De modo que el desenlace de la operación se correspondió con el planteamiento de la batalla.
- 12 Las infanterías ligeras de ambos bandos trabaron combate, y la caballería de los etolios se replegó, sin abandonar la formación, hacia las alturas, interesada
- 2 en establecer contacto con su propia infantería. Arato y sus oficiales no se percataron completamente de lo que estaba sucediendo ni calcularon debidamente lo que se iba a seguir; así que vieron que la caballería

<sup>28</sup> Unas lomas que están al NE. de la llanura de Cafias, modernamente llamadas de Skipiezza.

<sup>29</sup> Esta palabra tomada como sustantivo común significa «contrafuerte».

etolia retrocedía, creyeron que huía y mandaron a la 3 infantería pesada desde las alas con la orden de apoyar y de establecer contacto con su infantería ligera; ellos personalmente hicieron girar todo el ejército hacia un ala y lo guiaron corriendo con ardor. La caballería 4 etolia cruzó la llanura, y así que alcanzó a su propia infantería se detuvo y aguardó; fue juntando a sus 5 hombres en los espacios de las alas y les arengaron, pues los soldados de la columna en marcha, al oír los gritos de sus compañeros, acudían también rápidamente, a paso ligero, y las reforzaban continuamente. Cuando creyeron que su número era suficiente se re- 6 volvieron y atacaron la avanzadilla aquea de caballería y de infantería ligera. Eran superiores en número y atacaban desde lugares ventajosos. La refriega duró largamente, pero al final los etolios pusieron en fuga al adversario. Mientras que aquellos aqueos cedían y 7 huían, los de la infantería pesada que acudían a apoyarles se presentaban sin orden, dispersamente; unos quedaron perplejos ante lo que ocurría, y otros dieron de frente con los que se retiraban y huían; se vieron forzados a dar la vuelta y a hacer lo mismo. Total, que 8 los derrotados en el enfrentamiento no fueron más de quinientos, pero los fugitivos más de dos mil. La situa- 9 ción enseñaba por sí misma a los etolios lo que debían hacer: acosaron con gritos frenéticos y furiosos hasta no poder más. Los aqueos se retiraron hacia sus tropas 10 pesadas, creyendo que se mantenían en seguridad en su formación inicial, y al principio la retirada se hacía en buen orden y les salvaba. Pero al ver que también 11 sus tropas pesadas habían abandonado los lugares seguros, que en su marcha estaban muy lejos y que se habían desbandado, unos se dispersaron también en desorden y se retiraron a ciudades vecinas; otros, al 12 darse de frente con las falanges que venían a ayudarles no necesitaron del enemigo, sino que ellos mismos,

- aterrorizándose, les obligaban a huir en desorden.
- 13 Como queda dicho, huyeron a las ciudades, pues Orcómeno y Cafias, que estaban cerca, salvaron a muchos. De no ser así, los aqueos hubieran corrido el riesgo
- 14 de perecer todos absurdamente. La batalla de Cafias acabó de esta manera.
- 13 Los de Megalópolis habían sabido que los etolios habían acampado no lejos de Metridio, y acudieron al toque de trompeta con todo su ejército<sup>30</sup> para prestar
- 2 apoyo al día siguiente de la batalla: lo que encontraron fue que debieron enterrar a los que creían vivos y dispuestos a afrontar al enemigo y que habían sucumbido a manos de éste. Cavaron un foso en la llanura
- 3 de Cafias, agruparon los cadáveres y rindieron honores de todo tipo a aquellos desgraciados.
- 4 Los etolios, que habían alcanzado aquel éxito de manera inesperada por su caballería y su infantería ligera, desde aquel momento hicieron correrías por el centro del Peloponeso con la más absoluta impunidad.
- 5 Fue entonces cuando se dio su tentativa contra la ciudad de Pelene<sup>31</sup> y cuando saquearon el territorio de Sición; después se retiraron a través del Istmo<sup>32</sup>.
- 6 Éstas fueron la causa y el pretexto de la Guerra Social; el principio debe buscarse en el decreto de todos los aliados, promulgado inmediatamente después,
- 7 ya que los aqueos se reunieron en la ciudad de Corinto y aprobaron la medida; el consejo se reunió bajo la presidencia del rey Filipo<sup>33</sup>.

<sup>30</sup> Cf. la nota 146 del libro II.

<sup>31</sup> Pelene, situada en la punta E. de la Acaya, en dirección a Sición.

<sup>32</sup> De Corinto.

<sup>33</sup> El contenido de este decreto se detalla más abajo, en el capítulo 25.

*La asamblea de los aqueos*

El pueblo de los aqueos al 14  
cabo de pocos días se reunió en su asamblea ordinaria, y tanto en público como en privado mostraba su animadversión contra Atrato, pues le creían responsable claro del desastre referido. Sus enemigos políticos le acusaban y aducían 2 pruebas contundentes, lo cual irritó y exasperó más a la masa reunida. La primera falta clara parecía ser 3 que había tomado el mando militar cuando no le correspondía aún, ocupando el tiempo de otro, y que había emprendido unas acciones en las que era consciente de que había fracasado muchas veces. En segun- 4 do lugar, y esto era más grave, había licenciado a los aqueos cuando los etolios se encontraban todavía en el Peloponeso Central, sobre todo sabiendo que Escopas y Dorímaco tenían prisa en remover la situación y en hacer estallar la guerra. Se le reprochaba en ter- 5 cer lugar haber aceptado batalla con pocos efectivos contra el enemigo sin que urgiera ninguna necesidad, cuando podía retirarse sin riesgo alguno a las ciudades vecinas, concentrar allí a los aqueos y atacar entonces al adversario si lo creía de todo punto indispensable. Pero lo último y lo más imperdonable era que, 6 decidido a combatir, se planteó la situación de manera temeraria e irreflexiva; abandonó la llanura y no empleó sus hoplitas<sup>34</sup>, arriesgando con su infantería li-

<sup>34</sup> Este término, frecuentísimo en Tucídides, sale relativamente poco en Polibio. Los hoplitas formaban la infantería pesada de los ejércitos de las ciudades griegas. Se pagaban su propio armamento: un yelmo, una coraza y unas grebas de bronce. En el brazo izquierdo abrazaban un escudo, con el que se protegían, y con la mano derecha manejaban una espada de hierro. Si la llevaban colgada al cinto, como arma supletoria, manejaban una lanza de fresno con la punta metálica. En rigor, una armadura así recuerda ya la de los héroes de la *Ilíada*. Los vasos cerámicos griegos muestran, en sus pinturas,

gera una batalla en terreno montañoso contra los etolios, para los que nada podía ser más familiar y favorable. Pero Arato se adelantó y recordó su actuación política anterior y sus empresas; después se defendió de las acusaciones: probó que no había sido culpable de lo sucedido, y pidió perdón si había tenido alguna negligencia en la batalla pasada; sin embargo, creía que debía mirarse al conjunto, y ello de manera humana, y no acerbamente. Entonces la asamblea cambió de opinión de manera tan rápida y magnánima que mostró enorme descontento a los enemigos políticos de Arato que le habían atacado, y desde entonces todo se decidió según el parecer de Arato<sup>35</sup>.

9 [Esto ocurrió en la Olimpiada precedente; lo que seguirá durante la ciento cuarenta]<sup>36</sup>.

15 Los decretos que tomaron los aqueos fueron los siguientes: enviar embajadas a los epirotas, a los beocios, 2 a los focenses, a los acarnanios y a Filipo, para poner en claro cómo los etolios habían penetrado por dos veces en son de guerra en la Acaya, rompiendo los pactos, para pedirles ayuda, según los acuerdos, y que 3 los mesenios fueran admitidos en la alianza. Solicitaban, además, que el general hiciera una leva de cinco mil hombres de infantería y de quinientos de caballería, que apoyara a los mesenios si los etolios volvían 4 a invadir su territorio, y que se fijara, para los lacedemonios y los mesenios, el número de jinetes y de tropas

hoplitas en abundancia; cf., por ejemplo, JEAN CHARBONNEAUX, ROLAND MARTIN, FRANÇOIS VILLARD, *Grecia arcaica* (traducción del francés de José ANTONIO MÍNGUEZ), Madrid, 1969, pág. 313 (ilustración 359).

<sup>35</sup> Esta asamblea tuvo lugar en pleno verano del año 220.

<sup>36</sup> Lo encerrado entre corchetes es tenido por WALBANK, *Commentary*, ad loc., como una nota marginal que un copista posterior introdujo en el texto. La Olimpiada 139 abarca los años 224/220, y la 140, los años 220/216.

de infantería que debían aportar a las operaciones comunes. Todo ello se aprobó; los aqueos soportaron 5 con entereza el desastre sufrido y no abandonaron a los mesenios ni su propio propósito, mientras que los embajadores cumplían su misión entre los aliados. El 6 general, según el decreto, reclutó las tropas aqueas; asignó, además, a los lacedemonios y a los mesenios que aportaran, cada ciudad, dos mil quinientos soldados de infantería y doscientos cincuenta de caballería, de manera que, en conjunto, para las operaciones fu- 7 turas, los soldados de infantería eran diez mil, y mil los de caballería.

Los etolios, cuando les llegó el tiempo de su asam- 8 blea ordinaria, se reunieron y acordaron guardar la paz con los lacedemonios, los mesenios y todos los demás, pero esta actuación era malvada, pues su propósito era humillar y destruir a los aliados de los aqueos; en 9 cuanto a éstos, votaron tener paz si abandonaban su alianza con los mesenios; en caso contrario debían declararles la guerra, cosa la más irracional. En efecto: 10 ellos eran aliados a la vez de aqueos y mesenios, y declaraban la guerra a los primeros si éstos mantenían su amistad y alianza con los mesenios, y hacían una paz por separado con los aqueos si éstos elegían la enemistad con los mesenios. De forma que apenas puede 11 comprenderse la maldad de los etolios por lo retorcido de sus propias empresas.

Los epirotas y el rey Filipo escucharon a los emba- 16 jadores y admitieron a los mesenios en la alianza; en 2 cuanto a los hechos de los etolios, se indignaron al punto, pero no se extrañaron demasiado, ya que no habían hecho nada raro, al contrario, algo habitual en ellos. Por eso no lo tomaron muy a pecho, sino que 3 votaron mantener la paz con los etolios; una injusticia permanente acostumbra a ser más dispensada que una

- 4 maldad irracional e inesperada<sup>37</sup>. Por lo menos los etolios se comportaban de esta manera, saqueaban Grecia continuamente y hacían la guerra a muchos sin declaración previa. Ni tan siquiera se dignaban dar explicaciones cuando les acusaban, sino que se chancaban si alguien les pedía cuentas de lo ocurrido o, por Zeus, de sus planes futuros. Los lacedemonios que debían, ello era reciente, su libertad a Antígono y a la generosidad de los aqueos, se sentían obligados a no hacer nada contrario a los macedonios y a Filipo, por lo que enviaron secretamente legados a los etolios, y pactaron ocultamente alianza y amistad con ellos.
- 6 Los aqueos habían reclutado ya a su juventud, y los lacedemonios y los mesenios habían aportado ya su concurso cuando Escerdiledas<sup>38</sup> y Demetrio de Faros navegaron a un tiempo desde Faros con noventa esquifes y rebasaron Lisos<sup>39</sup>, rompiendo su pacto con los romanos. Abordaron primero Pilos, contra la que lanzaron algunos ataques fracasados. Después Demetrio, con cincuenta de aquellos esquifes, se dirigió a las islas, y navegando entre las Cícladas saqueó unas e impuso contribución a otras. En su navegación, Escerdiledas fingió que se dirigía a su país, pero en realidad puso rumbo a Naupacto<sup>40</sup> con cuarenta esquifes, aten-

<sup>37</sup> ¡Qué atinada observación de Polibio! En el mundo actual se arma la gran tremolina por un quítame allá esas pajas ocurrido en alguna nación libre de Occidente, y se acepta sin rechistar la opresión y la represión sistemáticas de más de medio mundo, porque le ha tocado vivir así.

<sup>38</sup> Este personaje ha salido ya en II 5, 6. Sobre Demetrio de Faros, cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc. Sucedió a Teuta en el gobierno de Iliria.

<sup>39</sup> Cf. nota 36 del libro II, y, además, para la exacta situación de la plaza, *Weltatlas*, pág. 9.

<sup>40</sup> Plaza etolia muy importante, situada en la costa S. de esta región.

diendo la petición del rey Aminas de Atamania<sup>41</sup>, pariente suyo. A través de Agelao pactó con los etolios la partición del botín, y les prometía unirles si invadían la Acaya.

Agelao, Dorímaco y Escopas, pues, tras hacer estos tratos con Escerdiledas, y entregárseles la ciudad de Cineta<sup>42</sup>, concentraron el ejército de los etolios y, juntamente con los ilirios, invadieron la Acaya.

Aristón, el general de los etolios, afectaba ignorancia acerca de lo que ocurría, y estaba inactivo en su ciudad; afirmaba que no hacía la guerra a los aqueos,

sino que mantenía la paz, con lo que se portaba de manera simple y pueril. Evidentemente, es natural que parezca necio y vano el que supone que con palabras logrará encubrir la evidencia de los hechos. Las tropas de Dorímaco hicieron la marcha a través de la Acaya y llegaron inesperadamente a Cineta. Los cinetenses, que eran arcadios, desde hacía mucho tiempo vivían revoluciones continuas y formidables; había entre ellos muchas matanzas y destierros, y además rapiñas y redistribuciones de tierras. Al final se impusieron los partidarios de los aqueos, y retuvieron la ciudad, situando una guarnición en las murallas y a un aqueo como general de la ciudad. Así estaban las cosas, cuando poco antes de la llegada de los etolios los exiliados

<sup>41</sup> La Atamania es un pequeño país sin poblaciones excesivamente importantes, separada de la Tesalia y de la Etolia por la cordillera del Pindo; limita el N. con la Macedonia y al O. con el Epiro y la Ambracia; entre la Ambracia y la Etolia tenía una mínima salida al mar por el golfo de Ambracia. En cuanto al rey Aminas, Dindorf apunta que la tradición manuscrita es errónea, y que se debe escribir Aminandro (cf. XVI y XVIII 1). Tomo la referencia del P. Antonio Ramon.

<sup>42</sup> Esta plaza debía de encontrarse en la Mesenia, pero su localización no se ha logrado.

enviaban mensajes a sus conciudadanos y solicitaban  
 7 la reconciliación y su regreso al país. Los que regían la  
 ciudad se avinieron a ello, pero enviaron legados a los  
 aqueos: querían que tal reconciliación se hiciera con  
 8 su licencia. Los aqueos asintieron de buen grado, con-  
 vencidos de que así se captaban la benevolencia de  
 los dos bandos, la de los que gobernaban la ciudad,  
 que ya habían depositado en ellos todas sus esperan-  
 zas, y la de los repatriados, que iban a alcanzar su  
 9 salvación debido a su conformidad. Los cinetenses des-  
 pidieron de su ciudad la guarnición y al general aqueo,  
 se reconciliaron con los exiliados, a los que invitaron  
 a regresar, en número de casi trescientos, aunque les  
 exigieron las garantías tenidas como las más sólidas  
 10 entre los humanos. Los expatriados regresaron, y aun-  
 que no encontraron causa o pretexto para recomenzar  
 las diferencias, todo lo contrario, así que llegaron em-  
 pezaron a conspirar contra su país y sus salvadores.  
 11 Yo creo que en el mismo instante en el que se juraban  
 mutua fidelidad encima de los animales sacrificados,  
 ya entonces maquinaban una impiedad contra lo divi-  
 12 no<sup>43</sup> y contra los que les otorgaban su confianza. En  
 efecto: así que gozaron de sus derechos políticos, al  
 punto se atrajeron a los etolios y les vendieron la ciu-  
 dad, deseosos de destruir irremisiblemente al mismo  
 tiempo a los que les habían salvado y a la ciudad que  
 los crió.

13 Tramaron esta empresa con una gran audacia, como  
 sigue: algunos de los repatriados habían sido nombra-  
 2 dos polemarcos<sup>44</sup>: este cargo conlleva abrir y cerrar

<sup>43</sup> Creo que aquí hay un argumento muy fuerte para de-  
 fender las creencias religiosas de Polibio. Cf. nuestro artículo,  
 BALASCH, «La religiosidad...», pág. 385.

<sup>44</sup> Esta palabra, etimológicamente, significa «jefe militar»,  
 pero jurídicamente no designaba lo mismo en todas las ciu-  
 dades de Grecia. En Atenas el polemenco era el tercero de los

las puertas de la ciudad, y en el tiempo intermedio  
 ser depositarios de las llaves; además pasarse el día  
 de guardia en los torreones. Los etolios, ya prepara- 3  
 dos, con las escaleras dispuestas, aguardaban la oportu-  
 nidad. Los anteriormente exiliados que ejercían el 4  
 cargo de polemarcos degollaron a sus colegas en el  
 mismo torreón y abrieron el portón. Hecho esto, algu- 5  
 nos etolios penetraron por allí, mientras otros adosa-  
 ban las escaleras y con ellas forzaron el paso y se  
 apoderaron de las murallas. Todos los de la ciudad, 6  
 intimidados ante aquellos hechos, estaban apurados,  
 sin saber qué hacer ante tal situación. No podían acu-  
 dir ininterrumpidamente contra los que habían pene-  
 trado por el portón debido a que otros entraban por  
 el muro, ni podían defender adecuadamente la muralla  
 a causa de los que entraban por la puerta. Los etolios 7  
 se hicieron rápidamente con la ciudad, y en medio  
 de sus injusticias realizaron una obra justísima: a los  
 primeros que decapitaron fueron a los que les habían  
 introducido en la ciudad y se la habían entregado; así  
 se adueñaron de sus bienes<sup>45</sup>. Pero con todos los demás 8  
 cinetenses hicieron lo mismo. Al final se instalaron en  
 las casas, agujerearon los muros para descubrir tesoro-  
 s y torturaron a muchos cinetenses de quienes sos-  
 pechaban que habían escondido algún ajuar muy va-  
 lioso o alguna otra cosa de gran precio.

Tras maltratar de esta manera a los de Cineta le- 9  
 vantaron el campo, dejaron allí una guarnición en la

arcontes o magistrados, en Esparta era el comandante de una  
 mora, cuerpo de cuatrocientos hombres; en Etolia sus funcio-  
 nes eran más bien ciudadanas, algo así como la policía (al  
 igual que los escitas atenienses).

<sup>45</sup> Aquí la traducción es conscientemente algo inexacta; el  
 griego, traducido rigurosamente, significa «medios de vida». Pero  
 hay que pensar que las víctimas de la rapia no serían precisa-  
 mente los pobres.

10 muralla y avanzaron en dirección a Lusos<sup>46</sup>. Llegados al templo de Artemis, que está entre Clítor y Cineta, considerado entre los griegos como lugar de asilo, amenazaron con robar el ganado y las otras posesiones de  
11 la diosa. Los lusiatas fueron astutos y les dieron algunos adornos de la divinidad, con lo que conjuraron la impiedad de los etolios y lograron no sufrir nada  
12 irreparable<sup>47</sup>. Los etolios lo aceptaron así, levantaron al instante el campo y lo establecieron junto a la ciudad de Clítor.

19 En aquel mismo tiempo Arato, el general de los aqueos, envió legados a Filipo en demanda de ayuda, concentró a los reclutados y mandó llamar a las tropas lacedemonias y mesenias consignadas en los pactos.  
2 Los etolios primero insinuaron a los de Clítor que abandonar a los aqueos y se les aliaran. Los de Clítor rechazaron de plano estas propuestas, y entonces los etolios les atacaron; adosaron las escaleras en los muros e intentaron tomar la ciudad. Pero los de dentro se defendieron con valor y audacia y los etolios cedieron ante tal situación, y alzaron el campo, se dirigieron de nuevo hacia Cineta y saquearon de paso los  
3 ganados de la diosa, que se llevaron. Cineta, en primer lugar, la dieron a los eleos, quienes no aceptaron, y entonces los etolios decidieron reservársela para sí

<sup>46</sup> Lusos estaba a medio camino entre Cineta y Clítor; ya se ha advertido que la primera de las ciudades no se ha localizado.

<sup>47</sup> La tradición manuscrita del texto griego es aquí dudosa, pero lo que, en todo caso, variaría sería el valor sintáctico de la expresión, no su sentido, que, en líneas generales, es el mismo siempre. Otra traducción posible es: «conjuraron la impiedad de los etolios para no sufrir nada irreparable». Aquí me aparto de la lectura de Büttner-Wobst, que abona la segunda traducción, y admito la de FOUCAULT, *Polybe*, III, ad loc., que me parece, sintácticamente, más coherente (me refiero al texto griego, claro está).

mismos, y nombraron a Eurípidas gobernador de la plaza. Pero después temieron ante el anuncio de la  
6 expedición de los macedonios, por lo que incendiaron la ciudad y se retiraron, marchando de nuevo en dirección a Rion<sup>48</sup>, pues habían decidido hacer por aquí la travesía. Taurión se enteró de la incursión de los  
7 etolios y de los hechos de Cineta, y al ver además que Demetrio de Faros había zarpado de las islas en dirección a Cencreas<sup>49</sup>, le exhortaba para que apoyara a los aqueos, transportara sus esquifes a través del Istmo y acechara la travesía de los etolios. Demetrio regre-  
8 saba de las islas con más provecho que gloria, puesto que los rodios le seguían de cerca, de modo que atendió con agrado la propuesta de Taurión, quien sufragó los gastos originados por el transporte de los esquifes. Demetrio, pues, atravesó el Istmo, pero llegó dos  
9 días después del paso de los etolios; saqueó algunos parajes de la costa etolia y zarpó de nuevo hacia Corinto. Los lacedemonios descuidaron culpablemente  
10 el envío de ayuda a que les obligaba el pacto; mandaron unos destacamentos mínimos de infantería y de caballería, con lo que querían salvar las apariencias. Arato, que mandaba a los aqueos, en aquella ocasión  
11 pensó de manera más política que militar: hasta en-  
12 tonces permaneció a la expectativa. No olvidaba el desastre reciente, y aguardó a que Escopas y Dorímaco, tras la ejecución de todos sus planes, regresaran a su país, aunque lo hicieran por lugares estrechos, donde un ataque era fácil: sólo necesitaban de un toque de clarín.

Los cinetenses, a los que los etolios habían causado  
13 grandes desgracias e infortunios, lo tenían mucho más

<sup>48</sup> Aquí Rion es un nombre aceptable. Cf. la nota 17 de este libro.

<sup>49</sup> Pequeña localidad al S. de Argos.

merecido que todos los demás; así pensaba todo el mundo.

20

*Carácter de los arcadios. Digresión sobre la música*

El conjunto de los pueblos de la Arcadia goza de cierta fama de virtud entre todos los griegos no sólo por su humanitarismo y la hospitalidad<sup>50</sup> de sus usos y cos-

tumbres, sino ante todo por su respeto ante lo divino.

2 Por esto merece la pena investigar un poco el salvajismo de los cinetenses y cómo, siendo innegable que eran arcadios, en aquella ocasión su ferocidad y su perfidia sobrepasaron en mucho a las de los demás griegos.

3 Yo creo que fue porque los cinetenses fueron los primeros, y los únicos arcadios, que abandonaron algo que los antiguos habían instituido de manera admirable y muy adecuado por su propia naturaleza a todos

4 los que habitan la Arcadia: a todos los hombres les es útil practicar la música, esto es, la verdadera música,

5 pero a los arcadios les es imprescindible. No debemos dar crédito a la afirmación, indigna de él, que hace Éforo<sup>51</sup> en el proemio de la *Historia General*,

6 donde establece que la música ha sido introducida entre los hombres para seducirles y engañarles. Tampoco debemos creer que los antiguos cretenses y lacedemonios adoptaran sin ningún fundamento la flauta y el

<sup>50</sup> Todavía hoy la Arcadia, llamada la Suiza griega, porque es la única región griega que no sale al mar y es, además, montuosa, es un país eminentemente agrícola. Sus alquerías o casas de campo, que recuerdan las masías catalanas, acostumbran a tener plantados, alrededor de la casa, una hilera de cipreses. El número de tales árboles significa el número de personas que, en caso de necesidad, puede albergar hospitalariamente la alquería.

<sup>51</sup> Éforo de Cime, historiador griego procedente del Asia Menor. Fue discípulo de Isócrates. Vivió en el siglo IV a. C., sin que se pueda precisar más. Su obra se ha perdido.

ritmo para la guerra, en sustitución de la trompeta, ni que los arcadios primitivos incorporaran porque 7 sí en su vida pública la música hasta tal punto que la hicieran como nodriza no sólo de los niños, sino aun de los jóvenes hasta los treinta años, a pesar de la gran austeridad con que vivían en todo lo demás.

Es cosa reconocida y notoria que casi sólo entre 8 los arcadios la ley<sup>52</sup> fuerza a los niños a acostumbrarse ya desde su primera infancia a entonar himnos y peanes<sup>53</sup> con los cuales cada uno, según costumbres ancestrales, glorifica a los dioses y héroes del país. Posteriormente aprenden los aires de Filóxeno y de 9 Timoteo<sup>54</sup>, y danzan en los teatros cada año, en las Dionisiacas<sup>55</sup>, con gran emulación, acompañados por flautistas profesionales, los niños en competiciones infantiles y los jóvenes en las llamadas varoniles.

E igualmente durante toda su vida, cuando organi- 10 zan banquetes, llaman poco a cantores extranjeros; se llaman más entre sí, e imponen a cada uno que cante

<sup>52</sup> Aquí el texto griego es ambiguo, y se presta a dos sentidos: a) que la ley obliga a los niños a que aprendan música, o bien b) que se habitúa a los niños a cantar según las leyes de la música. Parece más lógica la primera interpretación.

<sup>53</sup> El peán era un canto solemne, ordinariamente polifónico, que se cantaba en ocasiones adecuadas, especialmente en honor de Apolo, pero también de otras divinidades. Homero ya lo menciona en sus poemas. Podía ser canto fúnebre, de gozo, de guerra, etc.

<sup>54</sup> Filóxeno de Citera (435-380) vivió en la corte de Dionisio el Tirano; era poeta ditirámico. Timoteo, poeta y músico, fue contemporáneo suyo (450/360). Con él, acaba la gran poesía lírica griega. Los griegos conocían de oídas al autor de una melodía; cf. la primera escena de la comedia de ARISTÓFANES *Los Acarnienses*.

<sup>55</sup> Las fiestas en honor de Dionisio (el Baco de los latinos) se celebraban en diversas épocas del año, y su elemento principal eran las representaciones teatrales, aunque había también canto y danza. Sobre las Dionisiacas de Atenas, cf. MANUEL BALASCH, *Aristófanes*, I, Barcelona, 1969, págs. 41-42.

- 11 cuando le corresponda. No sienten vergüenza de confesar su ignorancia si se trata de otros conocimientos, pero no pueden negarse a entonar una canción, puesto que todos las aprendieron por obligación; no pueden tampoco reconocer que las saben, pero negarse
- 12 a ejecutarlas: es entre ellos una cosa humillante. Los jóvenes se ejercitan en marchas militares al son de la flauta, en buen orden, y se entrenan en las danzas para ofrecer un espectáculo a sus conciudadanos todos los años en el teatro, a iniciativa del estado, que sufraga los gastos.
- 21 Creo que los antiguos introdujeron estas costumbres no como un lujo o como algo superfluo, sino porque veían que cada uno trabajaba por su cuenta, y que la vida se les hacía dura y difícil; consideraron además la austeridad de costumbres que les ha tocado como consecuencia de la pobreza del medio y de la tristeza casi general de la región circundante, características a las que todos los hombres hemos acabado
- 2 por asimilar nuestra naturaleza. Es por ésta, y no por otra causa, por la que nos diferenciamos muchísimo unos de otros según las razas y los usos<sup>56</sup> de todo tipo en costumbres, talla y pigmentación, y aun en la ma-
- 3 yoría de las actividades. Los antiguos arcadios querían suavizar y templar la dureza y la severidad de la naturaleza, y por ello introdujeron el arte musical, y además establecieron que la mayoría de las asambleas y sacrificios fueran comunes, sin diferencias para hombres y mujeres, e instituyeron también coros de don-
- 4 cellas y de muchachos. Lo idearon todo, en suma, con

<sup>56</sup> El sentido griego de la palabra *diástasis* es aquí incierto: siguiendo a Schweighäuser, lo he traducido por «uso», muy afín a «institución». Walbank y Foucault interpretan el término en sentido temporal: las (grandes) distancias que nos separan a unos de otros. Pero es evidente que las instituciones «separan» a unos pueblos de otros.

el interés de amansar y de dulcificar por la institución de unas costumbres la rudeza de su espíritu. Los ci- 5 netenses menospreciaron esto finalmente cuando en verdad necesitaban al máximo de esta ayuda, puesto que tienen el clima y el relieve peores de toda la Arcadia. Además, impulsados por ofensas y por envidias mutuas, acabaron por convertirse en tan salvajes que 6 en ninguna de las ciudades griegas hubo impiedades mayores ni más continuas. He aquí una prueba de la 7 desgracia de los cinetenses en este punto concreto y de la aversión de los arcadios restantes hacia sus prácticas.

En aquella ocasión<sup>57</sup> en que los cinetenses cometie- 8 ron la gran matanza, enviaron mensajeros a los lacedemonios; en las ciudades arcadias en las que entraron durante su marcha, todas las demás les echaron al punto por medio de heraldos, y los de Mantinea, cuan- 9 do los cinetenses ya se hubieron ido, hicieron una purificación ritual y llevaron en círculo a las víctimas por toda su ciudad y todo su territorio.

Debíamos decir esto para evitar que una sola ciudad 10 acarree calumnias a todo el linaje de los arcadios, y también para que no haya en Arcadia habitantes que crean que casi siempre la música se ejercita entre ellos como algo superfluo, y se apresten a desdeñar su cultivo. Y también de cara a los cinetenses, para que, 11 si el dios les da buena suerte, se humanicen volviéndose hacia la educación, y de ella principalmente a la música. Sólo así podrán acabar con el salvajismo que entonces se adueñó de ellos. Nosotros, tras haber ex- 12 puesto los sucesos de los cinetenses, regresamos al punto donde iniciamos esta digresión.

<sup>57</sup> De todo lo que aquí cuenta Polibio no conocemos nada que no sea por él. En realidad, la historia de Cineta nos es desconocida.

22 *Filipo, en el Peloponeso*

2 Los etolios, pues, tras realizar todo esto en el Peloponeso, regresaron sin peligro a su territorio. Filippo, que acudió con tropas en ayuda de los aqueos, se presentó en Corinto, pero demasiado tarde, por lo que envió correos a todos los aliados; les urgía que enviaran inmediatamente legados a Corinto para deliberar sobre los intereses comunes. Él mismo levantó el campo y se dirigió a Tegea, sabedor de que los lacedemonios se habían enzarzado en revoluciones internas y matanzas.

4 Acostumbrados a ser gobernados por reyes y a obedecer en todo a sus jefes, los lacedemonios, liberados entonces inesperadamente por Antígono, ya no tenían un rey entre ellos, por lo que se peleaban; suponían que todos tenían el mismo derecho a gobernar. Al principio dos de los éforos no manifestaban su opinión, pero los otros tres, convencidos de que por su juventud Filippo no podría jamás poner orden en la situación del Peloponeso, se habían hecho partidarios de los etolios. Pero cuando, contra lo que ellos esperaban, los etolios desaparecieron a marchas forzadas del Peloponeso y Filippo se presentó todavía más aprisa desde Macedonia, los tres éforos desconfiaron de uno de los dos restantes, de Adimanto; éste conocía todos sus planes y no estaba muy de acuerdo con lo que estaba pasando. Los tres éforos temían que, una vez Filippo allí, Adimanto le delatara todo lo que se había tramado. En connivencia con algunos jóvenes, estos éforos pregonaron por heraldos que los que estaban en edad militar se presentaran con sus armas en el templo de Atenea Calcieca<sup>58</sup>, como si los macedonios estuvie-

<sup>58</sup> Calcieca significa «la de casa de bronce». Las ruinas de este templo han sido descubiertas en el N. de la Acrópolis de Esparta. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

ran a punto de llegar a la ciudad. Ante cosa tan inesperada, los convocados se concentraron al punto. Adimanto, disgustado por lo ocurrido, se adelantó e intentó exhortar y hacer comprender «que era antes cuando 10 debían haberse ordenado estos pregones y estas concentraciones, cuando oíamos que los etolios, nuestros enemigos, se acercaban a las fronteras de nuestro país, y no ahora, cuando nos enteramos de que los macedonios, que son nuestros bienhechores, nuestros salvadores, se nos aproximan con su rey». Insistía todavía en 11 este punto cuando los jóvenes conjurados se abalanzaron sobre él y le mataron, y con él a Estenelao, a Alcámenes, a Tiestes, a Biónidas y a muchos más ciudadanos. Polifonte, y otros con él, previeron astutamente 12 lo que iba a ocurrir y se pasaron a Filippo.

Después de esto los éforos que quedaban en fun- 23 ciones enviaron al punto a Filippo unos que acusaran a los asesinados y que le pidieran que retrasara su llegada hasta que la ciudad se hubiera recobrado de la revolución pasada; debían informarle también de que se proponían mantener toda su justicia y humanidad para con los macedonios. Los legados encontraron 2 al rey que estaba ya junto al monte Partenio<sup>59</sup>, y hablaron según sus instrucciones. El rey les escuchó e 3 indicó a los que habían llegado que regresaran inmediatamente a su país y que comunicaran a los éforos que él no interrumpiría su avance y que acamparía en Tegea; creía que los éforos debían mandarle sin tardanza hombres prestigiosos que trataran con él aquella 4 situación. Los que habían salido al encuentro de Filippo hicieron lo que se les decía, y los jefes de los lacedemonios, al oír la solicitud del rey, le mandaron diez hombres. Éstos se dirigieron a Tegea y se presen- 5

<sup>59</sup> Situado entre Tegea y Argos. La primera de estas ciudades está en el centro de la Arcadia.

taron en el consejo del rey, presididos por Omias. Allí acusaron a Adimanto y a los suyos como culpables de la revuelta; prometieron a Filipo cumplir lo estipulado en la alianza, y en cuanto a su adhesión a Filipo, no ceder en ella ante nadie, ni aun ante los que parecieran ser sus amigos más verdaderos. Los lacedemonios manifestaron esto y otras cosas por el estilo y se retiraron, pero los participantes en el consejo diferían en sus opiniones. Algunos, conocedores de la perfidia de los espartanos y convencidos de que Adimanto y los suyos habían perecido por su adhesión hacia ellos, y de que los lacedemonios proyectaban hacer causa común con los etolios, aconsejaban a Filipo hacer un escarmiento con aquéllos tratándoles de la misma manera que Alejandro había tratado a los tebanos así que recibió el imperio<sup>60</sup>. Otros, en cambio, entre los más ancianos, afirmaban que una cólera así era excesiva ante lo ocurrido: lo que se debía hacer era castigar a los culpables, destituirles y poner el mando y el gobierno en manos de amigos del rey.

Finalmente habló el rey, si es que pueden atribuirse al rey los pareceres de entonces, ya que no es natural que un muchacho de diecisiete años pueda tomar decisiones acertadas en cuestiones de tal envergadura. Pero a los historiadores nos corresponde atribuir a los jefes supremos las opiniones determinantes de las decisiones. Quienes las oyen, sin embargo, deben entender que es natural que tales argumentos y decisiones correspondan a los que rodean al rey familiarmente, y sobre todo a sus consejeros, en cuyo caso lo más normal será atribuir a Arato el parecer manifestado por el rey. Filipo dijo que las injusticias que entre

<sup>60</sup> Se refiere a Alejandro Magno, que, en el año 335, aplastó un levantamiento de los tebanos contra él y mandó arrasarse la ciudad, a excepción de la casa del poeta Píndaro.

si cometieran los aliados, le correspondía a él corregirlas sólo de palabra o por escrito, con amonestaciones, y que sólo, añadió, «lo que dañaba a la alianza común necesitaba de una corrección y castigo por parte de todos. Públicamente, los lacedemonios no han perjudicado a la alianza común, y han anunciado que se comportarán con nosotros con toda justicia y así resultaría indecoroso disponer contra ellos algo irreparable». En efecto, dijo que sería absurdo que si su padre, que les venció cuando eran enemigos, no les trató mal, él, en cambio, maquinase contra ellos, por una cosa tan pequeña, algo irremediable. Se impuso, pues, el parecer de que debía pasarse por alto lo ocurrido, y rápidamente el rey mandó a Petrayo, uno de sus familiares, junto con Omias y sus hombres, a comprometer al pueblo espartano a favor de la adhesión hacia él y hacia los macedonios, y para que, al mismo tiempo, dieran y recibieran los juramentos de alianza. El mismo, con su ejército, levantó el campo y se dirigió a Corinto. En su decisión tocante a los lacedemonios había dado a los aliados un bello ejemplo de su espíritu político.

Filipo acogió, pues, a los que le llegaban a Corinto desde las ciudades aliadas, se reunió con ellos y les consultó qué debía hacer y cómo se debía proceder con los etolios. Los beocios les acusaron de que en tiempo de paz habían saqueado el templo de Atena Itona<sup>61</sup>, los focenses de que habían salido en campaña contra Ambriso y Daulio<sup>62</sup> con el fin de conquistar estas ciudades, los epirotas de que les habían devastado el país.

<sup>61</sup> Este templo estaba en Coronea, y en él se celebraban los juegos beocios, de los que no sabemos casi nada.

<sup>62</sup> Ciudades situadas en las estribaciones orientales del Parnaso; el ataque se produjo entre los años 228/224.

Los acarnanios expusieron de qué modo los etolios habían organizado una acción contra Turio <sup>63</sup>, y aún se habían atrevido a atacar, de noche, la ciudad. Además de todo ello los aqueos les reprochaban que habían ocupado Clario, en el territorio de Megalópolis, que en su marcha habían talado el país de los patreos y el de los fareos, que habían expoliado Cineta y, en Lusos, el templo de Artemis, que habían asediado Clitor; por mar habían acechado la ciudadela de Pilos y por tierra Megalópolis justo cuando empezaba a repoblarse, pues querían destruirla otra vez, ahora con el concurso de los ilirios. Los diputados de los aliados oyeron todo esto y decretaron por unanimidad declarar la guerra a los etolios. Encabezaron el decreto con las causas citadas, y añadieron la declaración. Acordaron que los aliados se prestarían ayuda mutua en el caso de retención, por parte de los etolios, del territorio o de la ciudad de algunos de ellos contando a partir de la muerte de Demetrio, el padre natural <sup>64</sup> de Filipo. Decretaron igualmente que restablecerían en todas partes las constituciones patrias en las ciudades que contra su voluntad se habían visto forzadas a ingresar en la Confederación etolia: los ciudadanos poseerían sus ciudades y territorios sin guarniciones, sin pagar tributos, como hombres libres, y vivirían según las leyes e instituciones ancestrales. Y redactaron en el decreto que se ayudaría a los anfictiones <sup>65</sup> a restable-

<sup>63</sup> La Acarnania es la región más occidental de la Grecia central; la plaza de Turio es ilocalizable. Walbank ni tan siquiera la cita en su comentario.

<sup>64</sup> Cuando se dice de Amílcar Barca que es padre natural de Aníbal (III 9, 6), o aquí que Demetrio II de Macedonia fue padre natural de Filipo V, se indica solamente que no son hijos adoptivos. Los griegos conocieron también la categoría de hijos ilegítimos, pero entre ellos no equivalía a nuestro concepto de hijos naturales.

<sup>65</sup> Los anfictiones eran los diputados de las ciudades grie-

cer sus leyes y el dominio de su templo, del que los etolios les habían privado con la intención de disponer por sí mismos de los asuntos de este santuario.

Se aprobó este decreto en el año primero de la Olimpiada ciento cuarenta <sup>66</sup>, y con ello la llamada Guerra Social se inició de modo justo para reparar las injusticias cometidas. Los diputados enviaron inmediatamente legados a los aliados para que en cada ciudad el pueblo ratificara el decreto, y así todos desde su país hicieran la guerra a los etolios. A éstos, Filipo les mandó una carta aclarándoles que si tenían algo justo para decir contra aquellas acusaciones, todavía ahora podía haber una reunión y saldar las diferencias mediante negociaciones. Pero si habían supuesto que el hecho de que lo expolien y lo saqueen todo sin ningún tipo de declaración previa haría que las víctimas no fueran protegidas, y que, en el caso de serlo, ellas iban a ser consideradas como causantes de la guerra, los etolios serían los más necios de los hombres. Cuando los jefes etolios recibieron esta carta, primero creyeron que Filipo no acudiría, y así fijaron un día determinado en el que se presentarían en Rion. Pero cuando supieron que Filipo se había presentado, enviaron un correo que aclarara que antes de la asamblea de los etolios ellos no podían decidir nada por su cuenta referente a los asuntos generales. Los aqueos se reunieron en la asamblea correspondiente, aprobaron el decreto y autorizaron los saqueos contra los etolios. El rey se presentó en la asamblea de Egio e hizo un largo discurso que los aqueos acogieron con

gas reunidos en confederación política y religiosa; sus asambleas se reunían en Delfos durante la primavera y en Antela (casi en el golfo de Malia, en su parte meridional) en el otoño. Su función consistía en velar por los intereses comunes de Grecia.

<sup>66</sup> El 220.

agrado, y renovaron con el propio Filipo los sentimientos de amistad existentes ya con sus antepasados.

- 27 En aquella época correspondía a los etolios elegir sus magistrados, y nombraron general a Escopas, precisamente el culpable de todos los crímenes aducidos.
- 2 Yo no sé cómo calificar esta elección. Pues hacer la guerra sin declaración, pero atacar con el ejército íntegro<sup>67</sup>, llevarse las propiedades de los vecinos, no castigar a los culpables, al contrario, honrar y elegir por generales a los cabecillas de tales acciones, todo esto me parece que rebasa cualquier malignidad. ¿Qué otro nombre se podría aplicar a tales crímenes? Lo que sigue atestigua mis afirmaciones. Cuando Fébidas tomó a traición la plaza de Cadmea<sup>68</sup>, los lacedemonios castigaron al culpable, pero no retiraron la guarnición, como si la injusticia se compensara con el daño de su causante: se debía hacer lo contrario, que era lo que realmente interesaba a los tebanos. Otra vez, cuando la paz de Antálcidas<sup>69</sup>, proclamaron que devolverían la libertad y la autonomía a las ciudades, pero no revocaron a los harmostes<sup>70</sup>. Echaron de su ciudad a los de Mantinea, aliados y amigos suyos, y afirmaron que no eran injustos con ellos, ya que les dispersaban de

<sup>67</sup> Cf. la nota 146 del libro II.

<sup>68</sup> Cadmea era la acrópolis o ciudadela de Tebas, que, según la tradición, había sido construida por el héroe legendario Cadmo. Fébidas era un general espartano que la tomó en el año 383.

<sup>69</sup> Por la paz de Antálcidas (386), llamada también paz del Rey, porque el emperador persa Artajerjes la impuso a los griegos, se disuelve la liga Beocia, y se determinan las esferas de influencia de Esparta y de Atenas; la ciudad de Mantinea, que es la que aquí interesa, fue demolida y sus habitantes esparcidos por los antiguos poblados que la habían convertido en una plaza fuerte. Cf. nota 20 del libro I.

<sup>70</sup> Los harmostes eran los gobernadores militares impuestos por los espartanos en las plazas que ocupaban.

una a muchas poblaciones. Es una maldad tan igno- 7  
rante como evidente<sup>71</sup> la del que cree que si él cierra  
los ojos los vecinos no ven nada. A ambos estados, 8  
Esparta y Etolia, esta mala política les fue causa de  
los máximos desastres, y así los que reflexionan recta-  
mente no deberán jamás emularla, ni en privado ni en  
público.

El rey Filipo ajustó los tratos con los aqueos, le- 9  
vantó el campo con su ejército y se dirigió a Macedonia.  
Quería efectuar los preparativos bélicos. Con el decre- 10  
to citado dio bellas perspectivas de una clemencia y  
una magnanimidad verdaderamente reales no sólo a  
los aliados, sino a todos los griegos.

#### Sincronismo

Todo esto se realizó en el mis- 28  
mo tiempo en que Aníbal, dueño  
ya de todo el país al sur del Ebro,  
se disponía a atacar la ciudad de  
Sagunto. Si las primeras tentati- 2  
vas de Aníbal hubieran sido contemporáneas con las  
acciones de Grecia, es evidente que hubiéramos debido  
tratar estas últimas yuxtaponiéndolas a las otras del  
libro anterior, tras establecer un paralelismo con los  
asuntos de España, siguiendo un orden cronológico.  
Pero puesto que las operaciones de Italia, las de Gre- 3  
cia y las de Asia han tenido en sus guerras unos prin-  
cipios particulares, aunque el final haya coincidido en  
el tiempo, decidimos hacer la narración también por  
separado, hasta llegar a aquel momento en el que las  
empresas citadas se entrelazan y empiezan a tender a  
una única conclusión. Así la exposición de los inicios 4  
será siempre más clara y más evidente el enlace que

<sup>71</sup> En realidad, el texto griego presenta aquí una laguna que los editores restituyen cada uno a su manera. La laguna es larga, de toda una línea del manuscrito, lo que hace que sólo se pueda intuir vagamente el sentido de lo omitido. Aquí se traduce según la restitución de Büttner-Wobst.

hemos indicado, pues mostraremos cómo, cuándo y por qué razones se ha dado. Lo que seguirá será ya historia general.

- 5 El enlace de estas empresas se dio hacia el final de esta guerra, en el año tercero de la Olimpiada ciento cuarenta<sup>72</sup>. Por eso expondremos los sucesos siguientes de un modo general, según el orden cronológico, y los anteriores por separado, como ya dije, sólo que en cada ocasión recordaremos lo ya explicado en el libro anterior. Así a los que atienden la narración les resultará no sólo fácil de seguir, sino también imponente.

29

*Los preparativos bélicos*

Mientras pasaba el invierno en Macedonia Filippo alistó con sumo cuidado a las tropas para la empresa inminente. Al propio tiempo aseguró sus fronteras contra

- 2 los bárbaros que estaban junto a su país. Posteriormente se reunió con Escerdiledas, se puso audazmente en sus manos y trató con él de amistad y de alianza.
- 3 Le prometió, por un lado, que le apoyaría en sus operaciones contra la Iliria, y por otro acusó a los etolios, fáciles de acusar; no le costó nada convencerle de que
- 4 cediera a sus requerimientos. En efecto: las injusticias cometidas por las naciones se diferencian de las privadas sólo por el número y la magnitud de sus consecuencias. En la vida privada, la asociación de sinvergüenzas y ladrones suele fracasar porque no se tratan con justicia unos a otros; en suma, por faltar a la
- 5 palabra dada entre sí. Y es lo que entonces ocurrió a los etolios, que habían pactado con Escerdiledas que le darían parte del botín si invadía con ellos la Acaya.
- 6 Él se dejó convencer, y los ayudó; entre todos saquearon la ciudad de los cinetenses, cogieron prisioneros y

<sup>72</sup> El año 218.

ganado en gran cantidad, pero entonces los etolios no hicieron partícipe en nada a Escerdiledas de lo que habían cogido. Esto suscitó en él una cólera oculta. 7 Filippo hizo una breve alusión al hecho, que Escerdiledas recogió al punto, y se dispuso a entrar en la alianza general, a condición de cobrar veinte talentos anuales y de luchar contra los etolios por mar, por lo que zarparía con veinte esquifes.

Actitud de los acarnanios y de los epirotas

30

Filipo, pues, se dedicaba a estas negociaciones. Los embajadores enviados a los aliados llegaron en primer lugar a la Acarnania y se entrevistaron con

los jefes. Los acarnanios ratificaron noblemente el decreto, y desde su país hicieron la guerra a los etolios, a pesar de que más que con cualquier otro se hubiera debido tener indulgencia con ellos si por temor hubieran diferido o, incluso, omitido la guerra contra sus vecinos. En efecto: están situados en la frontera etolia y reducidos a sus solas fuerzas resultan fácilmente superables. Téngase en cuenta ante todo que hacía muy poco que habían sufrido una experiencia terrible por el odio que profesaban a los etolios. Pero tanto en la vida privada como en la pública no hay nada que los hombres nobles valoren tanto como el deber, cosa que los acarnanios han observado casi siempre en grado no menor al de cualquier otro griego, a pesar de la pequeñez de su fuerza. Nadie, pues, debe vacilar, en momentos difíciles, en aliarse, para sus empresas, con los acarnanios no menos que con los otros griegos, pues tanto en la vida privada como en la pública tienen firmeza y amor a la libertad. Los epirotas, por el contrario, cuando hubieron oído a los embajadores, ratificaron de modo semejante el decreto, pero votaron hacer la guerra a los etolios cuando el rey Filippo la hubiera iniciado. Y a los embajadores de los etolios les 7

declararon que habían decidido mantener la paz con ellos, actuando de manera equívoca e innoble.

8 Los aqueos enviaron también legados al rey Ptolomeo<sup>73</sup> a solicitar de él que no enviara dinero a los etolios y que no les aprovisionara de nada que perjudicara a Filipo y a sus aliados.

31 Los mesenios, por cuya causa comenzó la guerra, respondieron a los embajadores aqueos que Figalea está en su frontera, pero que los etolios la retienen; ellos

*Reacción de los mesenios*

no iniciarían la guerra hasta que la plaza les fuera 2 arrebatada a los etolios. Impusieron esta respuesta, contra el parecer del pueblo, los éforos en funciones, Enis y Nicipo y algunos otros del grupo oligárquico, unos ignorantes, al menos en mi opinión, que se apartaron grandemente de una decisión correcta. Yo afirmo que la guerra es algo terrible, pero no tanto, en modo alguno, que debamos soportarlo todo antes de 4 entrar en un conflicto bélico. ¿Por qué nos enorgullecemos tanto de la igualdad, de la libertad de expresión, de la misma palabra libertad si luego no hay nada 5 preferible a la paz? Desaprobamos a los tebanos supervivientes de las guerras médicas porque se apartaron de la lucha en pro de Grecia y eligieron, por miedo, la causa persa, y no alabamos a Píndaro, quien estuvo de acuerdo con ellos en que se mantuviera la paz en estos versos:

6 *Quien pretenda situar en la calma  
la comunidad de los ciudadanos, que busque  
de la magnánima tranquilidad  
la espléndida luz<sup>74</sup>.*

<sup>73</sup> Ptolomeo IV Filopátor (221-204?). Cf. nota 180 del libro II.

<sup>74</sup> Es el fr. 109 de PÍNDARO en la edición de BERCK.

De momento dio la impresión de hablar persuasivamente, pero muy poco después se comprobó que había hecho la afirmación más perniciosa y vergonzosa, pues la paz con justicia y decoro es la más bella 8 y provechosa de las adquisiciones, pero si la acompañan la maldad o la esclavitud censurables, es lo más vergonzoso y perjudicial de todo.

Los jefes de los mesenios, de tendencia oligárquica, 32 se guiaban por su provecho particular e inmediato, y tenían siempre a la paz en una estimación excesiva. Por ello, aunque se habían encontrado en situaciones 2 críticas, lograron bastantes veces eludir horrores y peligros, pero esta política les acumuló cada vez más lo más duro de aquellos horrores, y fueron los causantes de que su patria debiera afrontar las desgracias más grandes. Creo que la causa es la siguiente: eran 3 vecinos de los dos pueblos más importantes del Peloponeso, por no decir de toda Grecia, de los arcadios y los laconios. Uno de éstos les fue siempre enemigo 4 irreconciliable desde que ellos ocuparon el país, el otro les fue amigo y protector. Ahora bien: los mesenios no dieron un tratamiento noble ni a su enemistad contra los lacedemonios ni a su amistad con los arcadios. Cuando los lacedemonios estaban en guerra civil o 5 contra un tercero, ello les ocupaba, y ocurría lo que convenía a los mesenios, quienes siempre estaban en paz y sin peleas con los vecinos; su territorio no estaba 6 en el lugar del conflicto. Pero cada vez que los lacedemonios estaban en paz y sin problemas, se dedicaban a dañar a los mesenios. Entonces éstos eran incapaces 7 de afrontarles, porque los lacedemonios son potentes, pero los mesenios tampoco se habían ganado amigos verdaderos, por lo cual o bien se veían forzados a soportar el peso de la servidumbre, o bien, si querían rehuir la esclavitud, debían exiliarse, dejando su país con sus mujeres y sus hijos. Esto último lo sufrieron 8

- 9 muchas veces y en tiempos no lejanos. ¡Ojalá que el estado actual del Peloponeso continúe prosperando, para que nadie necesite del consejo que les voy a dar!
- 10 Pero si vuelven a verse poseídos por perturbaciones y cambios, para los mesenios y los megalopolitanos sólo veo una esperanza de que conserven su país por más tiempo: que, según el parecer de Epaminondas<sup>75</sup>, se pongan de acuerdo y se alíen sinceramente, unos y otros, en todo tiempo y ocasión.
- 33 Este consejo se ve innegablemente confirmado por
- 2 hechos antiguos. Entre otras muchas cosas, los mesenios dedicaron en tiempos de Aristómenes<sup>76</sup> incluso una estela junto al altar de Zeus Lobuno<sup>77</sup>; en ella grabaron la inscripción siguiente:
- 3 Halló el tiempo un castigo contra un mal rey, no lo dudes, y Mesenia el traidor, con el concurso de Zeus, cómodamente. No es fácil que al dios eluda un perjurio.  
¡Salve, rey Zeus, paladín! ¡Sé de la Arcadia tutor!
- 4 Fue cuando se vieron privados de su patria cuando grabaron esta inscripción en la que suplican a los dioses que salven la Arcadia como si se tratara, creo yo, de
- 5 una segunda patria. Y obraron así con razón, pues los arcadios no sólo acogieron a los mesenios huidos de su patria tras el desastre de la guerra de Aristómenes, y les hicieron ciudadanos partícipes de sus propios hogares, sino que decretaron dar a sus hijas en matrimonio a los mesenios que estuvieran en edad. Además,

<sup>75</sup> Esta opinión del famoso general tebano sólo la cita Polibio.

<sup>76</sup> Aristómenes es un personaje antiguo, y muy oscuro, del siglo VII, o quizás del VI, pero no posterior.

<sup>77</sup> Este altar estaba en el monte Liceo, en la Arcadia, hacia el S. de la montaña.

al descubrir la traición del rey Aristócrates en la batalla llamada de Tafro<sup>78</sup>, le ejecutaron y extinguieron todo su linaje. Pero no es preciso remontarnos tan 7 lejos: los últimos hechos después del sinecismo<sup>79</sup> entre Megalópolis y Mesene pueden ofrecer suficiente garantía acerca de nuestras afirmaciones. En aquellos tiempos 8 en que tras la batalla de Mantinea no era clara la victoria de ningún griego debido a la muerte de Epaminondas, los lacedemonios se oponían a que los mesenios participaran en los pactos, pues abrigaban la esperanza de apoderarse de la Mesenia. Sin embargo, 9 los megalopolitanos y todos sus aliados de Arcadia pusieron tanto empeño en que los aliados aceptaran a los mesenios y éstos participaran en pactos y juramentos, que lo lograron; los lacedemonios fueron los únicos excluidos del tratado. Quien piense, en el futuro, en 10 todo esto, ¿no juzgará que hemos dicho con razón lo que acabamos de exponer?

Tenía que decir esto por los arcadios y los mese- 11 nios, para que recuerden las calamidades que los lacedemonios han hecho caer sobre sus patrias, y mantengan sinceramente la lealtad y la confianzas mutuas. No 12 deben abandonarse al miedo<sup>80</sup> ni desear excesivamente la paz; no deben dejarse en la estacada, unos a otros, en los momentos críticos.

<sup>78</sup> Cf. PAUSANIAS, IV 17 y 22. Tomado como sustantivo común, Tafro significa «fosa»; algunos traducen «la batalla de la Fosa».

<sup>79</sup> Sinecismo o fundación. FOUCAULT, *Polybe*, III, ad loc., traduce erróneamente «reagrupación». Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

<sup>80</sup> El miedo de la guerra. Pero se sobreentiende suficientemente, por lo que es excesivo ponerlo entre paréntesis en el cuerpo de la traducción, como hace Foucault.

34

*En la Lacedemonia*

Los lacedemonios —pues esto se enlaza con lo anteriormente expuesto— acabaron haciendo<sup>81</sup> lo que es usual en ellos: despa- charon sin respuesta a los emba- jadores de los aliados: su maldad y su necedad les habían puesto en un gran apuro. Creo que lleva razón el dicho de que muchas veces una audacia excesiva se convierte en locura, y suele acabar en nada. Des- pués fueron nombrados otros éforos; se trataba preci- samente de los hombres que desde el principio habían suscitado la revuelta y habían promovido la matanza a que aludimos. Estos éforos mandaron un mensaje a los etolios solicitando de ellos un embajador. Los etolios les atendieron satisfechos, y al cabo de poco llegó como embajador a Lacedemonia Macatas, quien se dirigió al instante a los éforos...<sup>82</sup> ... (ellos) opina- ban que Macatas debía poder hablar al pueblo. Exigían, además, que se restableciera la realeza según las leyes patrias, sin dejar por más tiempo inactivo, de manera ilegal, el cetro de los Heraclidas. La situación, en con- junto, no satisfacía a los éforos, pero eran incapaces de afrontar las presiones, y temían además una conju- ración de los jóvenes. En cuanto al asunto de los reyes, aseguraron que pensarían sobre ello más tarde, y con- cedieron el acceso a la asamblea a Macatas. Reunido

<sup>81</sup> El texto griego es aquí algo equívoco, y se presta a dos traducciones igualmente aceptables: a) la que se da en el texto, y b) «hicieron, sin duda alguna».

<sup>82</sup> En el texto griego original hay, sin duda alguna, una laguna que ocupa una línea. El sentido debe ser, más o menos: «y éstos le retuvieron e impidieron que se presentara en la asamblea del pueblo. Entonces los jóvenes, enfurecidos, acu- dieron allí y promovieron alborotos». Esto, naturalmente, es una paráfrasis del sentido de lo omitido en la laguna, pues en ella no hay espacio para tanto texto. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

el pueblo, Macatas avanzó e hizo una larga exhortación para que los lacedemonios se decidieran a aliarse con los etolios, a los que alababa sin razón y con mentiras; acusaba de manera temeraria y gratuita a los macedo- nios. Cuando Macatas se hubo retirado se armó una gran discusión: unos abogaban por los etolios e inci- taban a establecer una alianza con ellos, pero no fal- taban quienes les contradecían. Algunos ancianos re- cordaron al pueblo los beneficios recibidos de Antígo- no y de los macedonios, y los daños que les habían inferido Caríxeno y Timeo cuando los etolios salieron a campaña con todo su ejército y les destruyeron el país<sup>83</sup>, llevándose como esclavos a los periecos<sup>84</sup>; lle- garon a acechar a la ciudad de Esparta, introduciendo en ella, con violencia y engaño, a los exiliados. Los lacedemonios cambiaron de opinión y al final se con- vencieron de que debían mantener su alianza con Fi- lipo y los macedonios; Macatas regresó fracasado a su país.

Los que habían instigado la sedición desde el prin- cipio no podían ceder, en modo alguno, a las circuns- tancias, y de nuevo se propusieron cometer la más impía de las acciones; para ello corrompieron a algu- nos jóvenes. En cierto sacrificio tradicional los que estaban en edad militar debían desfilar con sus armas hacia el templo de Atenea Calcieca, y los éforos debían llevar los preparativos para el rito sin moverse del

<sup>83</sup> Esta invasión tuvo lugar hacia el año 240, y los citados eran los jefes etolios.

<sup>84</sup> Cuando los dorios invadieron el Peloponeso, en la Laconia dividieron a los nativos en dos grandes grupos, los hilotas y los periecos. Estos últimos eran fundamentalmente los habitan- tes del valle del Eurotas, y recibieron un *status* tolerable. No eran ciudadanos espartanos, pero sí hombres libres que podían ejercer libremente cualquier profesión. Su única obligación era la de acompañar, en calidad de infantería pesada, a los espar- tanos cuando salían en campaña.

3 recinto sagrado. En aquella ocasión algunos jóvenes que desfilaban con sus armas atacaron de golpe a los éforos mientras éstos realizaban el sacrificio y los degollaron, a pesar de que aquel santuario ofrecía asilo inviolable a todos los que se refugiaban en él, incluso a los condenados a muerte<sup>85</sup>. Pero entonces la crueldad de aquellos temerarios llegó a tal punto de desprecio que asesinaron a todos los éforos junto al altar y a la mesa del sacrificio. Y prosiguieron la ejecución de sus planes: de entre los ancianos mataron a Gíridas y a sus partidarios, y desterraron a los que se oponían a los etolios. Eligieron a los éforos de entre ellos mismos y establecieron una alianza con la Confederación etolia. Cleómenes y la simpatía que sentían por él fue sobre todo quien les impulsó a cometer estas infamias, a cargar con el odio de los aqueos, a mostrarse desagradecidos ante los macedonios y, en suma, a ser considerados con todos. No perdían la esperanza, y aguardaban a que Cleómenes se presentara y les salvara.

7 Los que saben tratar a los que les rodean no sólo cuando están presentes, sino incluso cuando están muy lejos, dejan un rayo muy fuerte de adhesión a su persona. Dejando otros aspectos aparte, desde la caída de Cleómenes, hacía ya casi tres años que los lacedemonios se gobernaban según las instituciones patrias, y no habían pensado jamás en restablecer reyes en Esparta, pero así que les llegó la noticia de la muerte de Cleómenes, el pueblo y los éforos actuaban de acuerdo con las ideas de los revolucionarios, y eran ellos los que habían pactado la alianza con los etolios reseñada un poco más arriba<sup>86</sup>; nombraron de

<sup>85</sup> Esta ceremonia ritual nos es desconocida; no nos ha llegado por ninguna otra fuente, pero el desarrollo de esta *con-* *jura* recuerda fuertemente la muerte de los Pístráidas, *cosa* que no parece haber visto nadie. Cf. Tucídides, VI 53, 2, y 59, 4.

<sup>86</sup> Cf. 34, 5.

modo legal y oportuno a uno de los reyes, a Agesípólis, que todavía era un muchacho, hijo de Agesípólis, y éste de Cleómbroto<sup>87</sup>. Este último había subido al trono 11 cuando Leónidas fue expulsado de él, porque por parentesco resultaba el más afín a esta casa. Como tutor del 12 muchacho nombraron a Cleómenes, hijo de Cleómbroto y hermano de Agesípólis. En cuanto a la otra dinastía, 13 Arquidamo, hijo de Eudámidas, había tenido dos hijos de la hija de Hipodemonte<sup>88</sup>; éste vivía aún, hijo de Agesilao y nieto de Eudámidas. Además había muchos otros que descendían de esta familia, parientes más alejados que los citados, pero en línea directa. Los éforos dejaron a un lado a todos éstos y nombraron 14 rey a Licurgo, cuando ningún antepasado suyo había gozado de este título. Pero Licurgo pagó un talento a cada éforo, y así se convirtió en descendiente de Hera- 15 cles y en rey de Esparta. ¡No de otro modo se comportan, en todas partes, las cosas apetecibles! Sin embargo, no fueron los hijos de los hijos, sino los mismos que hicieron este nombramiento los que pagaron el precio de su locura.

Quando supo lo ocurrido entre los lacedemonios, 36 Macatas acudió de nuevo a Esparta y pidió a los reyes y a los éforos que hicieran la guerra a los aqueos. Pues 2 sólo así, dijo, cesaría la hostilidad de los lacedemonios que intentan romper de cualquier modo las alianzas con los etolios y las de los que, en Etolia, se comportan como ellos. Los éforos y los reyes atendieron este rue- 3

<sup>87</sup> Cleómbroto, abuelo de Agesípólis II, era el segundo de este nombre, que reinó en Esparta del 243 al 240. Era yerno de Leónidas II, rey espartano que se vio depuesto y repuesto en el año 240.

<sup>88</sup> Arquidamo era el hermano pequeño de Agis, e Hipodemonte el hijo de Agesilao, cuya hermana, Agesístrata, fue madre del rey Agis. Cf. WALBANK, *Commentary*, ad loc.

go, y Macatas se fue tras haber conseguido su propósito por la necesidad de la otra parte. Licurgo tomó los soldados y a un cierto número de ciudadanos, e invadió la Argólida; los pactos establecidos anteriormente hicieron que los argivos no se hubieran precavido en absoluto. Licurgo, pues, atacó imprevisiblemente, y tomó Policna, Prasia, Léucade y Cifante; atacó también Glimpas y Záraca<sup>89</sup>, pero en ellas fue rechazado. Éstas eran las operaciones del rey espartano. Los lacedemonios promulgaron un decreto de rapiña contra los aqueos; Macatas consiguió persuadir a los eleos diciéndoles lo mismo que había dicho a los lacedemonios; los eleos hicieron la guerra a los aqueos.

A los etolios las cosas les habían salido bien contra lo que ellos mismos esperaban, de modo que entraron en la guerra con buen ánimo, lo contrario de los aqueos, pues Filipo, en quien tenían depositadas sus esperanzas, estaba todavía en plenos preparativos, los epirotas diferían la entrada en la guerra y los mesenios no hacían nada. Los etolios se habían aprovechado de la simpleza de eleos y lacedemonios y rodearon por todas partes a los aqueos con un cinturón de guerra.

37 Precisamente en este tiempo terminaba el período de mando de Arato, y correspondía recogerlo a su hijo, llamado también Arato, nombrado general por los

aqueos. El general de los etolios era Escopas, que estaba precisamente en la mitad del período de vigencia de su cargo. En efecto: los etolios elegían las magis-

<sup>89</sup> La región que ataca Licurgo está al E. de la cordillera del Parnón. Prasias y Cifante son ciudades costeras. Policna es la actual Vigla; la ubicación exacta de Léucade se desconoce. Záraca es la moderna Ieraca; la ubicación de Slimpas se desconoce también. Esta región se la disputaban continuamente Esparta y Argos.

traturas inmediatamente después del equinoccio de otoño, los aqueos lo hacían en el orto de las Pléyades<sup>90</sup>. Estaban ya en pleno verano; Arato el Joven había cogido el mando; todas las guerras encontraron simultáneamente su causa y su principio. Pues en la misma época Aníbal se disponía a asediar Sagunto, los romanos enviaban a Lucio Emilio a la Iliria, con un ejército, contra Demetrio de Faros. Todo esto se ha expuesto en el libro anterior.

Antíoco, cuando Teodoto le hubo entregado Tiro y Ptolemaida<sup>91</sup>, intentaba ocupar la Celesiria; Ptolomeo se preparaba para la guerra contra Antíoco. Licurgo, que quería iniciar la guerra en las mismas condiciones que Cleómenes, había acampado delante del Ateneo de Megalópolis y lo asediaba. Los aqueos habían concentrado caballería e infantería mercenarias con vistas a la guerra inminente. Filipo salió de Macedonia<sup>92</sup> con su ejército, con diez mil hombres de la falange<sup>93</sup> macedonia, cinco mil peltastas, y con ellos ochocientos jinetes.

Éstos eran los preparativos que se hacían, y los proyectos. En aquel mismo tiempo los rodios hacían la guerra a los bizantinos por las razones siguientes:

<sup>90</sup> O sea, en el mes de mayo.

<sup>91</sup> Polibio trata de esto en el libro siguiente: V 40 y 61.

<sup>92</sup> Filipo V (222-179).

<sup>93</sup> La falange macedonia fue un dispositivo militar que permitió a Filipo, padre de Alejandro, grandes éxitos militares; imitaba la falange tebana, creación de Epaminondas, pero con un armamento más eficaz. Básicamente consistía en dar, a un ala, una gran profundidad en hileras de hombres mediante cuya carga se aniquilaba el enemigo.